

4. El debaten historiográfico sobre las causas de la Primera Guerra Mundial

Susana Dawbarn de Acosta / UNCuyo

El análisis de las causas y responsabilidades en el estallido de la guerra ha generado una multifacética interpretación por parte de los historiadores. La discrepancia esencial se ha enfocado en lo siguiente: ¿Tuvieron influencia las vastas fuerzas históricas, o como también se denominan, las estructuras, los condicionamientos externos e internos de más larga duración? Si es así ¿algunos fueron más relevantes que otros? ¿Contaron, por el contrario, solamente las circunstancias inmediatas y las acciones de los dirigentes? ¿O bien el conflicto armado fue el resultado de una amalgama, aunque diferenciada, de causas profundas y decisiones particulares desencadenadas durante la crisis de julio?

Nuestro enfoque analítico-comparativo y definidos criterios conceptuales nos permiten calibrar la importancia relativa de esas desiguales fuerzas con una visión diferente. Se analizarán la estructura del sistema internacional (la división de Europa en dos campos armados), la carrera de armamentos, los planes militares contrapuestos, los “imperativos” geopolíticos (la pesadilla del cerco), las rivalidades imperialistas y también las estructuras políticas domésticas. En esta perspectiva de los procesos largos, que no son el resultado de la presión del momento, importa también dilucidar los condicionamientos internos de los actores individuales y colectivos: las convicciones ideológicas esenciales, además del concepto de nación y de ideas como la geopolítica, el social darwinismo, el racismo y el militarismo. Las aspiraciones, temores, resentimientos, fruto de la compleja interacción de esos factores externos e internos, fundamentaron los planes y proyectos específicos de los que tomaron la decisión de ir a la guerra. 1- Visión histórica del debate historiográfico

Una intensa controversia ha rodeado la problemática de las causas y responsabilidades cuya historia comenzó casi al mismo tiempo que se iniciaban los combates.

Todos los gobiernos emprendieron la tarea de explicar y justificar su intervención y con ese fin publicaron los “libros de colores”. Similar pretensión puede encontrarse en las historias oficiales aparecidas después del conflicto. Los cincuenta y cuatro tomos, conocidos entre 1922 y 1926 en Alemania defendían la tesis de la responsabilidad compartida. En respuesta, el Foreign Office publicó once volúmenes entre 1926 y 1938 (editados por G.P. Gooch y H. Temperley) seguidos de los documentos diplomáticos franceses que se divulgaron desde 1929 hasta 1959. Una masiva producción de memorias de los principales protagonistas (políticos y militares) inundaron las librerías europeas desde 1919 en adelante.

En esta primera fase de estudios sobre la guerra, que se extiende hasta el comienzo de la Segunda, se delinearon diferentes posiciones acerca de los responsables del conflicto. Aparte de la versión leninista de 1916, que continuaba la interpretación del socialismo internacional, de que la guerra era el resultado de la pugna por mercados y territorios de los estados europeos capitalistas en su etapa imperialista, de escasa repercusión en los medios académicos, las tres posturas que se desarrollaron fueron la que sostenía la culpa alemana (P. Renouvin, 1925 y 1938; C. Bloch, 1935), la tesis “revisionista” que argumentó la responsabilidad primaria de Francia y Rusia (H. E. Barnes, 1925; E. Brandenburg, 1927) y la llamada interpretación ortodoxa sobre la culpabilidad colectiva (S. Fay, 1930; G.P.Gooch, 1938). Este último enfoque tuvo su culminación en el encuentro de historiadores alemanes y franceses de 1951 que declaró que la documentación disponible “no permite atribuir un deseo premeditado de una guerra europea de parte de ningún gobierno o pueblo en 1914”.¹

Una nueva serie de trabajos proliferaron en los años sesenta incentivados por las ediciones documentales de entreguerra y la apertura de algunos archivos occidentales que comenzó en Gran Bretaña en 1968 y siguió en Francia y Austria. No obstante, los centros que lideraron el debate académico fueron Alemania e

Inglaterra. El puntapié inicial lo lanzaron los historiadores alemanes. Ya en los años veinte un joven historiador había puntualizado los defectos internos del Reich y mostró el excesivo peso que aún disfrutaban los sectores reaccionarios. En 1948 y en 1955 otro investigador alemán denunciaba las ambiciones hegemónicas de la Alemania guillermina. Estas dos premisas combinadas –la perniciosa influencia de los factores domésticos y los objetivos expansivos alemanes para dominar Europa- fueron las tesis desarrolladas por Fritz Fischer en su libro de 1961, traducido al inglés recién en 1967. Basándose en archivos inéditos de la Alemania oriental documentaba los ambiciosos proyectos de los líderes políticos y militares, apoyados por los intelectuales y empresarios del Reich para consolidar el régimen. En un solo capítulo de sus 900 páginas se ocupaba de los orígenes de la guerra adjudicándole a Alemania la principal responsabilidad. Una vez comenzada, los dirigentes elaboraron sus objetivos territoriales en Europa central y oriental los que habían sido discutidos antes de iniciarse el conflicto y que de acuerdo a Fischer eran muy similares a los perseguidos después por Hitler con su “espacio vital”. La tormenta desatada por este libro se intensificó con la publicación de otro en 1969 en el que analizaba la política exterior alemana de 1911 a 1914. Allí argumentaba que el gobierno alemán había planificado deliberadamente el estallido de una conflagración general, desde la reunión del Consejo Imperial de diciembre de 1912.²

Los trabajos de Fischer impulsaron la formación de un clima intelectual más plural que no tenía antecedentes en la Alemania Federal. Hasta entonces había predominado la tendencia a contrarrestar el dictamen oficial de Versalles sobre la culpa del Reich y sus aliados. A partir de entonces se desarrollaron distintas escuelas de interpretación. La corriente de Fischer atrajo a muchos seguidores principalmente en Alemania aunque también tuvo eco entre autores extranjeros como Paul Kennedy. Immanuel Geiss ha acentuado el papel de la Weltpolitik a la que caracterizaba como una política beligerante con la que Berlín pretendía alterar y no reparar el equilibrio de potencias. John Röhl ha puesto énfasis en las iniciativas del gobierno en el mes de julio que perseguían planes preexistentes y en los que participaban también los planificadores militares, aunque sus iniciativas no fueron más provocativas e

intencionales que las de austrohúngaros y rusos. Nombres como V. R. Berghahn, Hans U. Wehler, Jürgen Kocka, Arno Mayer, Ralf Dahrendorf, S. van Evera han adoptado sus argumentos sobre la importancia de los factores internos para explicar la política exterior alemana: los sectores aristocráticos, los terratenientes prusianos junto a la monarquía, fomentaron políticas agresivas para consolidarla, contener la reforma e impedir la revolución.³

Estos enfoques también estimularon en los años setenta y ochenta un nuevo interés en el estudio de la carrera de armamentos, de los planes y objetivos de guerra marcando la diferencia con los países donde los conflictos internos no habían sido influyentes. Pero sobre todo subrayaron que la decisión de ir a la guerra en todos lados había sido el fruto de una decisión política interna y no debido a la presiones populares.

La crítica a la perspectiva de Fischer y su escuela ha reunido en Alemania a figuras como Gerhard Ritter, A. Hillgruber, Egmont Zechlin y Karl Erdmann. Los dos últimos, dispuestos a admitir la responsabilidad alemana de una guerra localizada y defensiva contra el cerco, descartan la idea del plan prefijado, de la influencia de las causas domésticas y por ende, de la guerra de agresión. Autores no alemanes, por su lado, han negado la incumbencia de la amenaza socialista y de los problemas domésticos sobre la política externa del Reich (Richard Evans, Geoffrey Eley, David Blackbourn). Fuera de Alemania, la divergencia principal ha apuntado contra la tendencia casi exclusivamente germanocéntrica de la posición de Fischer y sus continuadores que ignoran otras iniciativas también responsables de la contienda. D. C. Lieven, Z. Steiner y F. C. Kieger han desdeñado la relevancia de los factores internos en sus análisis sobre Rusia, Gran Bretaña y Francia, respectivamente.

En Gran Bretaña esa nueva oleada de trabajos a partir de los sesenta buscó respuestas a la decadencia, a la descolonización y al eclipse económico con una óptica más crítica sobre la guerra y la intervención. Es la época de obras como las de A. J. P. Taylor para quien el conflicto había sido el resultado de un cálculo equivocado. Otras propuestas se ocuparon de resaltar la ineptitud militar aunque análisis posteriores han tendido a efectuar una evaluación más

serena de los avances ingleses en materia militar utilizando nuevas evidencias del Ministerio de Guerra, del gabinete y archivos privados.

La tercera fase en la investigación sobre la guerra, iniciada en los noventa y acicateada por los nuevos desafíos de la posguerra fría y el renacimiento de las hostilidades étnicas en los Balcanes dirigió sus preocupaciones a la temática cultural. En diferentes países surgieron títulos acerca de la relación de la conflagración con el modernismo y otros han ahondado el estudio de las motivaciones de los soldados para ir a la guerra, de la población civil para apoyarla así como de los recursos implementados por los gobiernos para movilizarlos y mantenerlos luchando. También se han ocupado de la representación de la guerra y del modo de recordarla, del papel de la prensa, del rol de la mujer y de la significación de las ideas.

2- La discusión sobre las causas

¿Por qué estalló la contienda y quienes fueron los principales responsables? Una porción importante de las investigaciones ha acentuado el peso de los condicionamientos externos e internos, aquellos que fueron madurando en el tiempo más largo. Esta perspectiva tiende a minimizar el factor humano –individual o colectivo- cuando se trata de desentrañar las causas y responsabilidades. Pero la guerra no resultó de un desliz involuntario producto de fuerzas inmanejables, sino que fueron específicos círculos de poder de determinados países los que deliberadamente se embarcaron en el conflicto armado y repudiaron la salida negociada. Esos factores impersonales, no obstante, tuvieron una influencia decisiva en los líderes cuando encararon el aprieto del verano de 1914.

1) Estructura del sistema internacional

Para Bernadotte Schmitt, la clave que explica el desencadenamiento de la conflagración se encuentra en el sistema de dos alianzas opuestas, la Triple Alianza y la Triple Entente. La decisión bélica fue la respuesta de los dirigentes en su lucha para reparar el balance de poder mundial. Y las mismas fuerzas que habían servido para mantener la paz, automáticamente transformaron la guerra en un

conflicto general. Ya Harry Barnes y Sydney Fay plantearon que las alianzas secretas y la ausencia de un árbitro informal revelaban serias grietas del sistema internacional. Esta última razón de la causa de la guerra es defendida por otro internacionalista, el historiador inglés A.J.P. Taylor en 1963.⁴ Trabajos posteriores han coincidido con esta argumentación: Paul Kennedy se expresaba en parecidos términos al invocar el sistema de alianzas militares como el causante del aumento del miedo y de las rivalidades recíprocas. La diplomacia, los intereses nacionales y los planes de guerra explican la ruptura de hostilidades.⁵ Alan Cassels, pese a haberse concentrado en los aspectos ideológicos, ha reiterado la relevancia de la división bipolar⁶ y Charles Zorgbibe ha resaltado el agravamiento del antagonismo de las coaliciones a partir de 1907. Esa crisis “prefigura el engranaje de 1914” y las siguientes, empeoraron el aislamiento alemán y el debilitamiento de Austria Hungría mientras reforzaban la Entente y estimulaban la carrera de armamentos.⁷ D.S. Geller y J.D. Singer comparten la idea de la exacerbación de las rivalidades después de la crisis bosnia y aunque niegan que la guerra fuera inexorable por su sola existencia, aceptan que esa polarización reflejó los intereses complementarios al igual que los conflictivos. Ellos afirman que esas alianzas hostiles incrementaron la probabilidad de la magnitud, duración y severidad de una guerra.⁸ David Stevenson admite que el sistema internacional hizo poco para refrenar a la grandes potencias y que todos los países europeos contribuyeron al aumento de la tensión internacional. La guerra debe ser comprendida en ese clima de inseguridad, amenazas y miedos mutuos agravados durante las crisis balcánicas. Los dos campos creyeron que el enfrentamiento militar era necesario y que podían triunfar. Los alineamientos fueron cruciales para que cada bando efectuara sus cálculos de disuasión y ventajas estratégicas; sin embargo, no llevaron fatalmente a la guerra ni sus miembros lo percibieron así.⁹

Richard Hamilton y Holger H. Herwig, por el contrario, niegan cualquier influencia del sistema de alianzas. Nadie fue a la guerra por sus compromisos contractuales, ni ningún líder argumentó su entrada por ese motivo. La Dúplice era defensiva y como Serbia no atacó a Austria Hungría, Alemania (como Italia y Rumania) no estaba

obligada a respaldarla. Los acuerdos de 1904 y 1907 de Gran Bretaña con Francia y Rusia respectivamente, no eran alianzas sino arreglos coloniales y compromisos de apoyo diplomático mutuo. Rusia no estaba forzada a defender a Serbia pues no la unía a ella ningún pacto formal.¹⁰ Keith Neilson tampoco considera que Europa estuviese inmovilizada en dos bloques de poder opuestos. Ni el compromiso con los rusos después de 1907 terminó con los miedos ingleses ni las tensiones británicas con el Reich fueron percibidas como insolubles.¹¹

Balance. El sistema de alianzas no hizo la guerra inevitable pero es imposible dilucidar la gestación de la contienda si no se lo tiene en cuenta. Es cierto que Inglaterra no tenía compromisos vinculantes y no obstante fue a la guerra a favor de franceses y rusos y que Italia y Rumania que sí estaban asociadas formalmente a las Potencias Centrales permanecieron entonces neutrales. Pero la fuerza principal estaba en la dupla: Francia - Rusia y Alemania - Austria Hungría. Tampoco se discute la opinión de que ninguno intervino primordialmente para defender las reivindicaciones de su aliado sino que se movilizó por sus propios intereses. Esos líderes, sin embargo, evaluaron que sus intereses particulares estaban fuertemente amenazados si no auxiliaban a sus socios. Berlín dio el espaldarazo a Viena no para favorecer su política balcánica como motivación esencial sino para impedir el debilitamiento de su asociada al considerar que esa degradación repercutía directamente en su propia declinación. La preocupación central de Gran Bretaña no fue en nombre de la obligación moral con Francia ni de la salvaguarda de la soberanía belga (tanto que en sus propios planes preveía, desde 1912, un eventual ataque contra Bélgica). Básicamente, su intervención fue considerada vital para su propia seguridad. No podía permitir que Francia fuera arrasada y se destruyera el balance de poder con una hegemonía alemana en el continente.

2) Carrera de armamentos, planes estratégicos, imperativos geopolíticos

Michael Howard, en 1965, esgrimía que el anuncio de una potencia de un incremento de sus gastos de defensa era interpretado por su rival como una amenaza directa, lo que creó un clima de

desconfianza y miedos mutuos.¹² James Joll, muchos años después, sostenía igualmente que la carrera de armamentos [...] contribuyó al sentimiento de que la guerra estaba por desencadenarse y pronto.¹³ Como él, Zörgbibe juzgaba que el armamentismo había sido el telón de fondo de las crisis que sacudían a Europa antes de 1914. David Herrmann (y también Niall Ferguson) ha reconocido el papel relevante de la carrera de armamentos como causa principal de la confrontación, pero planteada en otros términos. Para hacer frente a la alteración del balance militar, que afectaba sensiblemente a los políticos de todas partes, se manejaron dos concepciones alternativas: la guerra preventiva o el incremento del gasto militar con propósitos defensivos y disuasivos. Si esta expansión era obstruida, como en el caso alemán, correlativamente aumentaba la presión por la acción preventiva.¹⁴

En efecto, la segunda crisis marroquí espoleó en todas las grandes potencias un renovado esfuerzo para robustecer sus respectivas fuerzas armadas. Aunque la iniciativa la tomó Alemania, franceses y británicos no se quedaron atrás. En julio de 1912 París acordaba con San Petersburgo la coordinación de sus ejércitos y su flota mientras accedía a la demanda financiera rusa para la construcción de ferrocarriles, de doble trocha, con el fin de apresurar la concentración de las tropas en la zona occidental. Francia y Gran Bretaña, en noviembre, completaban un acuerdo naval que distribuía el control del Mar del Norte, del Canal de la Mancha y del Mediterráneo entre sus respectivas Armadas.

Las guerras balcánicas, que concluyeron con una Serbia fortalecida y un retroceso de su aliada Austria Hungría, activaron en Berlín un nuevo incremento de sus tropas de línea. La reacción en Francia fue la ley de servicio militar que llevaba la conscripción de dos a tres años. Su ejército de casi un millón de hombres, de alto nivel profesional, también podía multiplicarse con las unidades de reserva a más de seis millones, aunque su entrenamiento no alcanzaba la calidad de la reserva alemana. También en 1913, los rusos sancionaban un nuevo programa militar que proyectaba para 1917 un 40% de aumento de sus efectivos. Pese a poseer el mayor ejército europeo, era uno de los peor dotado en armas y oficiales.

En un detallado trabajo, N. Ferguson suministra los porcentuales de los gastos de defensa de las cinco potencias líderes europeas tanto en términos per cápita, como en porcentaje del gasto público (en ambos, Alemania era sobrepasada por Gran Bretaña y Francia) y del producto nacional neto. En este aspecto el 3.9% alemán quedaba detrás del 5.1% ruso e italiano y del 4.8% francés, aventajando solamente al 3.2% británico y austríaco. En el mismo año de 1913 Rusia encabezaba la lista de los gastos en términos absolutos, seguida de Alemania, Gran Bretaña, Francia, Italia y por último, Austria Hungría. Ferguson sustenta la opinión de que la sociedad más militarizada en 1914 era Francia dado que el 2.29% de su población estaba bajo armas (ejército y marina). Le seguían los alemanes con el 1.33%, los británicos con el 1.17%, Austria Hungría con el 0.85% y Rusia con el 0.77%.¹⁵ En vísperas de la contienda la proporción del tonelaje entre Gran Bretaña y Alemania era de 2.1: 1 y la del potencial humano entre las fuerzas combinadas de Francia, Rusia, Serbia y Bélgica y la de Alemania y austrohúngaros era de 2.5: 1. La Doble Monarquía no solo tenía los índices de conscripción más bajos sino que destinaba muy pocos fondos al área de defensa y los resultados de esa política eran manifiestos: el entrenamiento de su personal militar era deficiente y su armamento, obsoleto. Además, su ejército no era una fuerza unificada. Junto a los problemas de nacionalidad sus tropas no tenían experiencia reciente de combate.¹⁶

En consecuencia, sostiene Ferguson, Alemania perdió o creyó perder la carrera de armamentos, naval y militar.

Pero al lado de estas cifras existen otros datos que deben tenerse en cuenta sobre el ejército alemán. Con casi cien divisiones, su ejército era el mejor armado y entrenado, tenía el estado mayor más competente y su capacidad de movilizar y equipar a sus soldados superaba a todas las potencias. Similar superioridad se constataba en la relación armamentos por hombre, porcentaje de oficiales y tropa y artillería pesada.¹⁷ Pese al menor porcentual convocado para la conscripción, sus 65 millones de personas prevalecían sobre la "militarista" Francia de 39 millones de habitantes (cuyo ejército y personal estaban menos equipado y adiestrado que los de su rival). Además, el porcentaje de incremento en el gasto militar en el período 1890-1913 fue mayor en las Potencias Centrales

que en la Entente (164.2% frente al 57%). Como puntualizan Hamilton y Herwig, entre 1911 y 1913, el monto del presupuesto de defensa alemán fue de 118 millones de libras frente a los 76 de Gran Bretaña. Entre 1910 y 1913 Francia elevó sus desembolsos en un 7.6%, Rusia en 21% y Alemania en 105%.¹⁸

Era verdad que la flota británica doblaba con holgura la alemana pero esta había igualado su ritmo de construcción, entrenamiento nocturno, calidad del armamento y dirección de fuego.¹⁹ Los temores ingleses estaban justificados además, en la proporción de su pequeña aunque profesionalizada fuerza terrestre: siete divisiones contra casi el centenar altamente competitivas del Reich.

No menos importante para discernir el rol del armamentismo en el desenlace bélico es su vinculación con los planes de guerra de las dos alianzas. La planificación defensiva de Rusia de 1910 fue modificada en el Plan nº 19 revisado de 1912. Dictaminaba que si se producía un ataque masivo de sus dos enemigos, las formaciones debían replegarse hacia el este para luego contraatacar en el momento oportuno; por el contrario, si el ataque inicial era contra Francia planteaba dos variantes. En una persistía la postura defensiva si Alemania avanzaba contra Rusia, pero en la otra, los dos grupos de ejércitos, uno estacionado frente a Prusia oriental y el otro al sur, frente a la Galitzia austrohúngara, debían arremeter en forma simultánea con la mayor rapidez posible, aunque con fuerzas mayores en esta última. El Plan 20, preparado a comienzos de 1914, enfatizó la doble ofensiva pero proyectada más fuerte y más temprana que la planificada anteriormente. El Gran Programa de armamentos de 1913 aprobado por la Duma (en julio del '14 aún no se había implementado), se vinculaba al nuevo plan ruso y al plan XVII francés de 1913, igualmente ofensivo.²⁰

Hasta entonces, los franceses habían confiado en sus fortalezas orientales como Verdún, centrando toda la estrategia inicial del choque con el Reich en la defensa. La nueva planificación, sin embargo, repudiaba la estrategia defensiva confiando, como la mayor parte de los líderes militares de la época, en el poder inigualable de la ofensiva. Aunque en realidad, el francés era un bosquejo que preveía no mucho más que la movilización.

Para los alemanes la mayor preocupación era la pesadilla del cerco. Si a los condicionamientos geopolíticos se agregaba el ensanchamiento del poder militar del imperio ruso anunciado en 1913 y completado con los refuerzos financieros franceses para sus ferrocarriles, las premisas del único plan de guerra de Alemania quedarían invalidadas.²¹ El conde Schlieffen en 1905 planificó la guerra en dos frentes, introduciendo algunas modificaciones en 1911. Su éxito residía en dejar fuera de combate a Francia en seis semanas antes que Rusia completase la movilización de sus tropas, dado el operativo sistema ferroviario alemán y el deficiente sistema de transporte ruso. La derrota francesa se conseguiría con un rápido movimiento envolvente hacia París operado por una dotada ala derecha –54 divisiones- frente a un ala izquierda en Alsacia y Lorena, de solo 8 divisiones. Presuponía un ataque relámpago contra las débiles fuerzas de Bélgica, que sería dominada sin gran dificultad, para luego avanzar hasta rodear París por el oeste y el sur, aniquilando de golpe la resistencia francesa que combatiría de espaldas a sus líneas de fortificaciones defensivas con la frontera alemana.

En el caso de Austria Hungría la planificación se asentaba básicamente en la defensa aunque también preveía acciones ofensivas. Si los Cárpatos –entrelazados por medio de una red ferroviaria- constituían una defensa natural frente a una invasión rusa, la planicie de Galitzia al norte, debió ser protegida con un conjunto de fuertes (Lemberg o Lvov, Przemysl y Cracovia). Pero no solo los rusos debían considerarse potenciales enemigos. También Italia, Serbia, Montenegro y probablemente Rumania y por eso el Estado Mayor había delineado planes de guerra contra todos ellos, aunque ninguno estaba coordinado al alemán. Para Conrad el mayor temor era responder a un ataque ruso o comprometerse a una ofensiva mientras luchaba con los serbios.

3) Rivalidades imperialistas

Entre los autores de izquierda que han persistido con el enfoque ortodoxo (la contienda era el resultado inevitable del capitalismo en su fase imperialista en la pugna por la conquista de los mercados mundiales) se encuentra, entre otros, Karl Zilliacus.²² En 1963

argumentaba que ningún estado había ido a la guerra por razones morales u obligaciones de alianza sino para defender las apetencias imperialistas, es decir, los intereses del capital financiero y monopólico. La conexión entre el capitalismo y la guerra también es apoyada por Hobsbawm.²³

En una reciente publicación la teoría de las rivalidades imperialistas y el conflicto de clases constituyen el núcleo en torno al cual se explica el desenlace de la contienda general. La necesidad de los europeos de expandir su producción y controlar mercados internacionales los empujó a enfrentamientos fuera y dentro de Europa. El antagonismo entre el pan eslavismo ruso y los austrohúngaros en los Balcanes, la cuestión de Alsacia y Lorena, la política exterior de Bismarck contra Francia, el alineamiento, tras la renuncia de este último, del sistema internacional en dos bloques armados hostiles y el programa naval alemán son interpretados en términos de lucha de clases y conflicto imperialista. Si las oleadas revolucionarias del siglo XIX se explican por la confrontación de las clases propietarias europeas aliadas contra los elementos disidentes y revolucionarios de sus propios países, para resistir las demandas de reforma política y redistribución, la expansión imperialista a finales de esa centuria es aquilatada como la estrategia de las elites, tanto de las grandes potencias como de los estados más pequeños, para aumentar ingresos y recursos, sin redistribución ni reformas. La alianza se transformó en discordia después de la crisis de 1873 la que al potenciar la fricción imperialista desembocó en la Primera Guerra Mundial.

Aparte de la teoría del balance del poder para explicar el respaldo alemán a Austria Hungría y el ruso a Serbia, no hay un análisis prolijo de las pretensiones reales de la Doble Monarquía en julio, alejadas en principio de un incremento territorial, o de la posición británica, más preocupada entonces en defenderse que en expandir sus posesiones. La energía imperialista se desató cuando la guerra había comenzado, pero sirve de poco para explicar sustancialmente su iniciación. Tampoco se diferencian las peculiares facetas del nacionalismo y se confunden aspiraciones nacionales con ansias imperiales. Sandra Halperin rechaza el juicio de la primacía del sentimiento nacional sobre el de la solidaridad socialista con un

argumento poco convincente: la continuación de las luchas laborales durante el conflicto testimoniaron que la participación popular en el esfuerzo de guerra tuvo el único cometido de acelerar la reforma política y económica.²⁴

La febril competencia que enfrentó a grandes y pequeños países por expandir sus poderes, acuciados por las más disímiles razones tuvo un nefasto efecto en las relaciones entre los estados. Fue en las cancillerías europeas donde se debatieron las diferencias, se intensificaron los antagonismos y se reforzaron las alianzas. Desde esta perspectiva la rivalidad imperialista exasperó a los dirigentes y a sus pueblos y potenció sus actitudes belicistas.

Hamilton y Herwig resumen las ambiciones de cada país concluyendo, no obstante, que las colonias en su mayor parte demostraron no ser rentables por sus elevados costos de administración y defensa.²⁵ La trillada teoría de la enemistad anglo alemana pierde peso frente a los datos del comercio de ambas potencias. Entre 1904 y 1914 Gran Bretaña se volvió el mejor cliente de Alemania y esta, el segundo de Gran Bretaña. Las buenas relaciones también se reflejaban en sus acuerdos empresariales a nivel internacional: de los cuarenta carteles de la preguerra dedicados a la producción, veintidós eran entre compañías alemanas y británicas.²⁶

No existen evidencias documentales que respalden las afirmaciones de la corriente marxista. Ninguna fuente oficial revela la influencia del sector financiero o industrial y ningún magnate estuvo entre los que tomaron la decisión bélica. Nadie argumentó que la guerra fuera imprescindible para sobrellevar la baja del ciclo económico. Al contrario, las pruebas muestran la creciente interdependencia entre las grandes industrias europeas y a sus empresarios más interesados en mantener la paz para que continuaran los buenos negocios transnacionales. H. Herwig ha reunido un apreciable número de testimonios que demuestran en Alemania -donde hay más información- la disposición de los empresarios a fomentar relaciones pacíficas. Con excepción de algunos sectores armamentistas, como Krupp, Mauser, Ehrhardt que veían en un conflicto armado excelentes perspectivas de altos beneficios, gran

parte del mundo de las empresas y de las finanzas reprobó ese camino. El director general de la Bayer y uno de los directores del Deutsche Bank, Hugo Stinnes, Albert Ballin, director de la HAPAG, la firma naviera más grande del mundo, Max Warburg, también directivo de la HAPAG y del astillero más importante del Reich, Blohm y Voss, entre otros, mostraron su preferencia por la continuación de las relaciones pacíficas y su repudio a comenzar una guerra.²⁷

Los banqueros también eran pacifistas en la Doble Monarquía e igualmente demostraron su temor a un conflicto armado en la metrópolis del mayor imperio del mundo.

Ferguson descarta asimismo un papel determinante de los segmentos económicos y financieros en la toma de decisión aunque realza, como lo ha hecho Paul Kennedy, el papel de los factores económicos actuando detrás de la diplomacia. Los recursos económicos condicionaron la victoria y el fracaso de la contienda y alentaron en algunos la confianza en su propio éxito. Los datos sobre potencial demográfico, personal militar y naval, tonelaje de buques de guerra, producción industrial, de hierro y acero, y el consumo de energía de las grandes potencias ayudan a explicar también la naturaleza de la guerra total.

Armamentismo naval y terrestre, planes de guerra (diseñados con antelación al verano de 1914), confrontación imperialista y continuadas crisis diplomáticas y militares presagiaban un conflicto entre dos campos cada vez más potentes. Si la negociación sujetó entonces la beligerancia de los grandes poderes ¿era factible una solución similar en un nuevo trance que los enfrentara?

4) Las estructuras políticas de los poderes líderes de Europa

Junto a las posturas de Immanuel Geiss, John Röh, V. R. Berghahn, Hans U. Wehler, Jürgen Kocka, Arno Mayer, Ralf Dahrendorf, S. van Evera, los estudios más recientes han dedicado un particular interés a las características de los sistemas políticos de las grandes potencias y a su incidencia en el proceso de la decisión bélica, principalmente los trabajos reunidos por Hamilton y Herwig, la obra de D. Stevenson, Ferguson y Geller y Singer. Estos últimos parten

de la premisa de que la ausencia de gobiernos democráticos incrementa la probabilidad de guerra mientras S. Halperin ha subestimado la influencia de los factores políticos dadas las limitaciones de los derechos políticos incluso en aquellos países que habían implementado reformas democráticas.²⁸ Lo más llamativo es la conclusión de algunos autores como Hamilton y Herwig, incluso Stevenson, que dedican una parte importante de sus trabajos a describir las características políticas pero descartan la tesis de la preeminencia de las presiones domésticas, los primeros, con el argumento de que los líderes sabían de los peligros desestabilizadores de una guerra y el segundo, sobre la base de los rasgos de la sociedad alemana que, pese a sus divisiones, era una comunidad moderna, ordenada y próspera.

Una rápida mirada sobre los principales rasgos de los sistemas políticos de las cinco potencias líderes nos permitirá aquilatar su influencia en el desenlace bélico. Las tres monarquías de la Europa Centro Oriental constituían para esta época regímenes constitucionales. Pero ninguna tenía gobiernos parlamentarios genuinos. En los tres prevalecía la autoridad del monarca sobre el poder de los representantes (que además disfrutaba de la prerrogativa exclusiva de la declaración de guerra) y los sectores aristocráticos y las elites militares predominaban sobre los elementos populares. Pese a la implementación del sufragio universal masculino en Alemania para la elección del Reichstag en 1871 y en la parte austríaca de la Doble Monarquía, en 1907, sus respectivos gobiernos no eran responsables ante las cámaras sino que respondían solamente a su soberano. Mayor poder aún retenía el zar ruso a pesar de las reformas constitucionales de 1905-1906.²⁹

Por el contrario, las dos potencias occidentales conformaban gobiernos responsables que dependían del voto de confianza de sus parlamentos. Francia, aunque amparaba un senado que sobre-representaba a los distritos rurales (más conservadores), era el país más democrático de Europa. En Gran Bretaña, todavía con limitaciones reales en el derecho a voto (con excesivos requisitos para su registro) y con una monarquía con grandes poderes, la autoridad efectiva residía en los Comunes. El primer ministro era elegido por el partido que obtuviera más votos y pudiese formar un

gobierno con suficiente respaldo en la cámara electiva.³⁰

Los tres imperios centro-orientales estaban en la posición más baja de la escala democrática: legislativos con mínima responsabilidad y efectividad, ejecutivos no electivos y con insignificantes restricciones normativas y estructurales para hacer la guerra. Ninguno disponía de cortapisas constitucionales para impedirlos. En todos, los jefes del Estado Mayor participaron en las discusiones apuntalando el partido de la beligerancia. En Gran Bretaña y en Francia, en cambio, quienes tomaron la decisión fueron líderes de partido que habían sido elegidos en contiendas electorales y que dependían del respaldo de sus organizaciones partidarias. Para hacer efectiva su propia determinación de intervenir, Grey previamente precisó persuadir al gabinete y a los Comunes. La habilidad de Poincaré fue presentar a Francia como una víctima totalmente inocente aunque su respaldo incondicional a los rusos pueda interpretarse como una poderosa fuente de incitación. Básicamente, Londres y París reaccionaron a las iniciativas de las dos Potencias Centrales, que no más allá del 7 de julio ya habían sido resueltas.

3- La discusión sobre los condicionamientos internos

a) Los nacionalismos y las pan – ideas

¿Fue la guerra el resultado del choque entre el nacionalismo eslavo y el multiétnico imperio Habsburgo, como afirmaba G. Martel? El asesinato del heredero al trono de la Monarquía Dual le proveyó a Viena la oportunidad de conseguir el respaldo de la opinión pública para una guerra dirigida a debilitar al conductor de la autodeterminación en los Balcanes. Joachim Remak también vio en la disputa austro-serbia la causa medular del enfrentamiento bélico y a ambas partes como las principales responsables de la tercera guerra balcánica.³¹ A. Cassels retomó la tesis de la cuestión balcánica como fuente de las hostilidades. La fuerza y violencia en Serbia del nuevo nacionalismo de cuño popular luego de los éxitos de 1912 y 1913 terminaron por inducir a Austria Hungría a ver en su destrucción la única alternativa de supervivencia.

Esta interpretación ha recibido muchas críticas. John Leslie, K.M. Wilson, F. Fellner, John Lowe ³², R. Hamilton, H. Herwig, D. Stevenson, las centran en los siguientes argumentos: 1º) no hay evidencias que muestren a Serbia con intenciones de precipitar una nueva crisis balcánica. Había quedado exhausta y necesitaba recomponerse razón por la cual tendió a buscar un arreglo pacífico y 2º) El imperio usó el asesinato como una excusa para poder emprender una acción militar contra Serbia. Fue Viena más que Belgrado culpable de provocación. Una tercera opinión sopesa otros datos. El mismo F. McDonough que concuerda con los críticos, advierte que el profundo temor que el nacionalismo sudeslavo causó en la Doble Monarquía no debe subestimarse. Richard Hall ha efectuado un prolijo análisis de las motivaciones serbias y aunque reconoce las responsabilidades de este gobierno en una serie de aspectos, descarta adjudicarle una responsabilidad esencial.³³ Pero aparte de las acusaciones de Hall deben considerarse otros datos. Las pretensiones de Belgrado de abrazar en un mismo estado a sus hermanos de religión ortodoxa, culturalmente afines y subordinados a estructuras imperiales, era un objetivo legítimo de un nacionalismo liberador y unificador. Pero sus ambiciones panserbias al apoderarse de Macedonia en 1913 (donde vivían menos serbios que búlgaros, griegos y otros pueblos) o sus aspiraciones sobre Bosnia Herzegovina (con serbios pero habitada también por bosnios musulmanes y croatas católicos) y Albania, de población musulmana, revelan iniciativas no tan lícitas e inofensivas.³⁴ En cambio, existe un cierto acuerdo en las últimas publicaciones a no concederle a los grupos de presión paneslavistas y pangermanistas un papel relevante como promotores de la guerra (Cassels, Hamilton y Herwig, Ferguson). No hay evidencias de que pretensiones expansionistas hayan guiado a los hombres de julio en Alemania, Austria Hungría o Rusia.

En 1914, gobiernos y pueblos percibieron que serias amenazas se cernían sobre su nación –cualquiera fuera la concepción de nación que postularan, como se verá enseguida- espoleando un nacionalismo que en todas partes adoptó un carácter abiertamente defensivo. Pero en medio del conflicto también se desplegaron impulsos imperialistas por doquier, algunos sin tapujos y otros, con

una fachada seudonacional. D. Stevenson, que descalifica al nacionalismo como fuerza motora de la guerra, reconoce en el patriotismo (que como lo define no es otra cosa que ideal nacionalista) un factor significativo.³⁵ Hamilton y Herwig, aunque admiten el papel de los instrumentos nacionalizadores por excelencia como la educación obligatoria (que impuso una lengua común, exaltó la tradición e historia nacional) y el servicio militar, se resisten a conferirles una importancia concreta. Aducen la falta de estudios que precisen la extensión e intensidad del sentimiento nacional y los efectos que pudo dinamizar la conscripción que además, implicaba solamente a una parte del universo masculino en edad de realizarla. Sin embargo, ¿qué expresión más cabal de la lealtad nacional que aquella que se exige en una guerra, que es poner en juego la propia vida? La reacción de los socialistas alemanes –los defensores del internacionalismo- no puede comprenderse si no se recurre al expediente nacional. Tampoco es casual que ese tipo de apoyo fuera más frágil en los imperios plurinacionales y en Italia (que no entró a la guerra por razones de autodefensa, que tenía un sistema educativo menos expandido y por lo tanto no había sido muy exitoso en promover un sentimiento nacional a lo largo de su territorio).

Resguardar su rango internacional y su prestigio nacional (el llamado argumento estratégico o balance de poder) fue la motivación esencial de todos los dirigentes. Todos ellos creyeron estar combatiendo en defensa de los intereses de la nación amenazados por otros poderes.³⁶ La diferencia –que la mayoría de los autores ha descuidado- estaba en la idea de nación que invocaban esos gobiernos. Desde 1871 había quedado demostrado que nacionalismo y conservadurismo eran capaces de una articulación tan poderosa como la que había forjado el nacionalismo y el liberalismo. Por eso estaban aquellos que, como las elites dinásticas de Berlín, Viena y San Petersburgo, postulaban un peculiar modelo de nación. Esos sectores asociados al poder añoraban las viejas formas de la nación estamental y jerárquica, restringida a las capas privilegiadas y devotas de la monarquía. Para estos elementos, la mayor parte de la población masculina -aunque ya con derechos políticos, como era el caso de Alemania y Austria o con derechos muy limitados, como ocurría en Rusia- debía permanecer ajena o

al menos lo más alejada posible de la dirección del estado, sospechosa de reivindicar valores y políticas contrarias a sus convicciones. Especialmente en Alemania, esas elites aceptaron los elementos modernos, propios de un estado altamente competitivo desde el punto de vista científico-tecnológico, pero también se aferraron a elementos antiguos, a aquellas pautas sociales y políticas que se acomodaban a la época premoderna.

En Gran Bretaña y Francia, en cambio, prevalecía la fórmula de “nación popular”. Allí, las elites de partido concebían a la nación como una asociación de voluntades que se expresaba electoralmente y de cuyas preferencias dependían sus poderes.³⁷ En todos los gobiernos, no obstante, hasta en los menos democráticos, la preocupación por aparecer en actitudes defensivas, reaccionando a la agresión externa fue un síntoma revelador de los cambios que se venían produciendo a raíz de las transformaciones socioeconómicas del siglo anterior. Aunque nadie consultó a sus pueblos si debían intervenir en un conflicto armado, todos fueron conscientes, incluso aquellos que despreciaban a las multitudes, de que el poder de las mayorías se había transformado en un factor clave para cualquier política.

b) El militarismo

Según esta tesis, en los años previos a 1914, se había desarrollado esta cultura que preparó a los hombres y en especial a los líderes a ver la guerra como una alternativa válida y deseable para resolver los conflictos. Relacionada con la propagación de esta cultura, se consolidó una serie de prácticas y medidas que fomentaron en todas partes, particularmente en el II Reich, la expansión de la actividad y del presupuesto militar. Se evidenciaba en la literatura de la época, en el patrocinio de políticas como el servicio militar, en la creación, por ejemplo, del embrión del servicio de espionaje en Inglaterra o en el elevado número de organizaciones nacionalistas de derecha en Alemania. Aquí, otros centros de promoción del sentimiento nacional y militarista eran las iglesias protestantes e incluso la católica, la universidad y la instrucción primaria.³⁸ Hay quienes, sin embargo, advierten que el llamado a filas era impopular, que las organizaciones nacionalistas alemanas y en otros países nucleaban

casi únicamente a los notables de clase alta y media alta. Es decir, que el antimilitarismo era más poderoso: el SPD alemán cuya mayor fuerza provenía de los trabajadores había captado el 34.8% de los votos en la elección de 1912 con su retórica anticapitalista y denunciando el excesivo destino de fondos para defensa. El militarismo por ende, estaba en declinación tanto por la expansión de la democratización como de los partidos socialistas.³⁹ Otros aducen que no pueden establecerse cifras confiables de participación y activismo en los grupos nacionalistas. Además, quienes enfatizan el militarismo han descuidado el sector opuesto: el pacifismo.⁴⁰ Hay cierto acuerdo en algunas publicaciones nuevas en lo referido a la falsa reputación militarista de Alemania. Pero quienes así piensan han desatendido que lo decisivo en la capacidad de los gobiernos para destruir la paz fueron dos factores: la debilidad de las fuerzas antibelicistas y el consentimiento popular.⁴¹ La principal preocupación de la socialdemocracia alemana había sido el sostenimiento de un ejército en expansión apoyado en la imposición regresiva.⁴² Lo cierto fue que ni los esfuerzos de la II Internacional ni de la Organización Sindical Internacional -que a pesar de sus títulos no incluían a todos los partidos y asociaciones gremiales, respectivamente- tuvieron éxito en sus apelaciones pacifistas. Aunque hubo en diferentes partes manifestaciones socialistas contra la guerra, en ningún lado prosperó una gran movilización de trabajadores o una huelga general que paralizara, por ejemplo, la producción armamentista.

El grado concreto de la extensión y profundidad de la cultura militarista en las sociedades beligerantes es imposible de determinar con certeza. Solo se puede visualizar en determinadas actitudes de los dirigentes y de la masa de la población. Sin desecharse el extendido temor y repulsa que el llamado a la guerra debe haber despertado, no puede descontarse, por otro lado, la generalizada aceptación a alistarse y la poca resistencia que originó en todas partes, salvo en algunos distritos rusos. Aquí, no obstante la activa resistencia, la tasa de respuesta a la movilización superó el 96% de los convocados. Los mayores adversarios del gobierno en Alemania, los socialdemócratas, votaron favorablemente los créditos de guerra y a fines de julio las organizaciones laborales confirmaban al Canciller su respaldo. El gobierno tenía planificado el arresto de

sus principales líderes, medida que fue innecesaria después de su adhesión.⁴³ Al igual que los miembros del otro gran partido socialista del continente y de las Islas Británicas aceptaron intervenir en una guerra de autodefensa nacional. El efecto antimilitarista de la extendida democratización en Alemania dentro del sistema institucional alemán se desvirtuaba frente a las reducidas competencias del legislativo. Otro dato importante es que la Liga de Veteranos, la única organización nacionalista popular en Alemania, reclutaba alrededor de 2,8 millones de miembros, excediendo al SPD, el mayor partido político de Europa y la fuerza más comprometida en frustrar la expansión del presupuesto militar.⁴⁴ Esto último relativiza el papel del pacifismo en los sectores populares. Y entre los líderes alemanes, igual que entre los rusos y austrohúngaros -como la documentación lo demuestra- los argumentos militaristas abundaron. En el caso alemán se afianzó después de octubre de 1913, fecha en la que los rusos aprobaron el Gran Programa de armamentos que planificaba el incremento del número de soldados y de oficiales. La elección de la guerra preventiva cuanto más pronto mejor –defendida por Moltke desde 1911- fue la respuesta a la pesadilla del cerco.

c) Racismo, socialdarwinismo y otras ideas

Las fuentes son también pródigas para testimoniar, como lo ha mostrado H. Herwig en el estudio sobre los dirigentes alemanes, la difusión de otro conjunto de creencias asociadas al militarismo: la idea de la guerra como parte del orden natural y como un medio legítimo de las naciones en sus relaciones externas, como forma de purificación y liberación frente a las presiones contra el orden patriarcal. El materialismo de la sociedad burguesa podría ser contrarrestado con la restauración de los valores guerreros que, en la opinión del líder del partido conservador alemán, lograría fortalecer el orden y la mentalidad patriarcal y según el novelista H. Hesse, arrancaría a los alemanes de la insípida paz capitalista. En diciembre de 1912 el káiser alemán preveía una guerra racial entre los germanos y los presuntuosos eslavos en la que se resolvería la supervivencia de la Monarquía Habsburgo y la existencia de nuestra propia patria. Estas opiniones raciales del emperador recibían amplia difusión en la prensa alemana y reflejaban igualmente ideas que se

repetían en el Reichstag e incluso fuera de Alemania, entre figuras de esa época como C. Rodhes y T. Roosevelt. Esa lucha entre razas se vinculaba al repertorio socialdarwinista de la supervivencia del más fuerte. Para un nutrido grupo de líderes alemanes como Moltke, había evidencias de que los británicos padecían una continua declinación moral, obsesionados como estaban por exclusivas metas materiales. Europa se encontraba dividida en razas ascendentes y razas en decadencia y según el jefe del Estado Mayor, una victoria eslava arrastraría al continente a la barbarie intelectual. Estaba convencido que el alemán era el único pueblo que en este tiempo puede llevar a la humanidad hacia objetivos más elevados. Racismo y socialdarwinismo se ensamblaron con naturalidad a la idea de la guerra como un resultado inevitable. Bethmann Hollweg, Ludendorff, entre otros, también se expresaban en términos raciales y socialdarwinistas sobre esa próxima contienda entre eslavos y teutones.⁴⁵

Estas ideas se asociaron a las doctrinas geopolíticas y maltusianas que se desarrollaron en Alemania a fines del siglo XIX. El pensamiento de Friedrich Ratzel –fatal competencia entre los grandes poderes por recursos, territorios y población- contribuyó a forjar las bases del expansionismo alemán hacia el este. Pero en Gran Bretaña los planteos geopolíticos también se propagaron. Aquí prevalecieron particularmente los argumentos de Harold Mackinder que advertían sobre los peligros, en la era de revolucionarios medios de transporte, de que un solo país dominara Eurasia. Alemania era el poder que contaba con los medios para apropiarse del área pivote y después del mundo, lo que la transformaba en la principal amenaza geopolítica para el Reino Unido.⁴⁶

4- La discusión sobre las presiones coyunturales y las decisiones

El disparador de la guerra fue el asesinato del heredero al trono austrohúngaro Francisco Fernando y su esposa Sofía. De acuerdo a los estudios más recientes ha quedado confirmado el papel de la Mano Negra (cuyo jefe era también la cabeza del servicio de inteligencia militar de Serbia) en la organización del atentado. Las autoridades serbias, que sabían de un complot que involucraba al grupo terrorista de su país, fueron incapaces de desbaratarlo. Una

investigación más profunda de los complotados hubiera colocado en difícil situación al gobierno, pues al exponer a sus agentes a una pesquisa quedarían al descubierto los entresijos de su aparato secreto, un sostén imprescindible para un régimen con demasiadas dificultades internas.

En respuesta a su particular coyuntura nacional, Belgrado buscó el apoyo internacional para moderar a Austria Hungría, pero también el soporte militar de Rusia. Con el primero de esos pasos demostraba al mundo su aplomo y disposición a un arreglo pacífico. Con el segundo, se aseguraba una asistencia vital si decidía expresar a su pueblo, especialmente a los sectores nacionalistas más intransigentes, una voluntad vigorosa y autónoma. Ese soporte, sin embargo, ineludiblemente acarrearía la hostilidad de Viena y peor aún, una posible guerra europea.

Después de recibir el ultimátum austrohúngaro el 23 de julio, casi un mes después de los asesinatos, Alejandro telegrafiaba al zar requiriendo el auxilio prometido. La alternativa de aceptarlo en todos sus términos, que eventualmente hubiese evitado el conflicto, no fue discutida.⁴⁷

¿Quiénes y por qué actuaron como lo hicieron en cada una de las grandes potencias que terminaron involucrándose en una guerra general? En todas partes esa elección la hizo un minúsculo círculo que no requirió ninguna consulta cívica, que no buscó la opinión de los grupos económicos ni financieros y tampoco se preocupó, durante la crisis de julio, en averiguar la posición de la prensa, las iglesias constituidas o de los intelectuales.

Los líderes de Austria Hungría fueron los primeros en elegir la opción militar: no más de ocho o diez personas decidieron que la acción contra Belgrado era el único camino que le quedaba a la Doble Monarquía para subsistir. En el común Consejo de Ministros, cinco de estos funcionarios, con la colaboración de otras figuras del Ministerio del Exterior, más el jefe del Estado Mayor, barón F. Conrad Hötendorf (defensor desde 1911 de la guerra preventiva contra Serbia), adoptaron y diseñaron el plan a seguir. Todos, hombres de confianza del emperador, pertenecían a la antigua aristocracia y

eran leales defensores de la monarquía Habsburgo. Con el Reichsrat fuera de sesiones, ningún líder político tuvo injerencia durante la crisis, como tampoco participaron de los eventos los representantes de los otros grupos de presión. Las motivaciones indiscutibles fueron salvaguardar el statu quo imperial y castigar definitivamente a Serbia.

Después del “cheque en blanco” alemán, el 7 de julio, en una larga reunión del Consejo de Ministros y el jefe del Estado Mayor se evaluaron las opciones y se adoptaron los pasos que concretamente se implementaron ese mes. Allí Tizsa propuso la redacción de un duro ultimátum, sin pruebas concluyentes sobre la responsabilidad del gobierno serbio, para que fuera rechazado y así justificar interna y externamente la intervención.⁴⁸ El mismo día 23 que el presidente y el primer ministro francés dejaron la capital rusa, Viena envió el ultimátum. Ni la advertencia de Rusia del día 18 ni el conocimiento de las órdenes de su movilización parcial o período preparatorio para la guerra en los distritos de Odessa, Kiev, Moscú y Kazán (los distritos fronterizos con la Monarquía Dual) el 25 de julio (efectiva el 26) hizo retroceder a los austrohúngaros. No obstante ese mismo día Austria Hungría procedía a su propia movilización parcial, con total desatino, aplicando el plan B que implicaba desplegar sus tropas hacia el sur, o sea contra Serbia a la que se le declaró la guerra el día 28 de julio.

El círculo íntimo que manejó la crisis en Alemania se redujo al káiser, el canciller Theobald Bethmann Hollweg, el ministro de guerra Erich von Falkenhayn y el jefe del Estado Mayor del Ejército, Helmuth von Moltke. Todos ellos al igual que los embajadores de las capitales europeas pertenecían a la antigua aristocracia. Y en los altos rangos del ejército de Prusia todos eran nobles con predominio de la nobleza de espada. Esta homogeneidad social era el fundamento de sus convicciones políticas: todos compartían la misma veneración por la monarquía y sus postulados.⁴⁹

A pesar de estas evidencias, refrendadas por trabajos como el de H. Herwig, la tesis de los orígenes domésticos es rechazada en textos como el citado así como en el de Ferguson. Para este autor los factores internos solamente resultaron concluyentes en el ámbito

financiero. Fueron estas limitaciones las que volcaron al Estado Mayor hacia la alternativa bélica. Fue su incapacidad para mantener el ritmo de sus enemigos -en particular de Rusia- lo que llevó a los alemanes a la contienda.⁵⁰ Sin embargo, opiniones como las del duque von Ratibor, del equipo del Canciller, dirigidas al embajador francés en Berlín, en la primavera de 1914, adquieren toda su significación en ese clima de temores conservadores: Las clases comerciales y burguesas están a punto de prevalecer en el país [...]. Puesto que las guerras de 1864, 1866 y 1870 consolidaron las Fuerzas Armadas y los partidos agrarios, ahora se necesitaría una guerra para volver las cosas a su cauce normal.⁵¹

No es exagerado afirmar la gran preocupación que en esos grupos producían las reivindicaciones democráticas y laborales, el avance de aquellos sectores asociados a las fuerzas de la modernidad que la industrialización desovaba y el evidente retroceso en ciertas áreas de esas capas premodernas. ¿Cómo reaccionarían esas masas no confiables en el evento de una guerra? ¿Qué hacer para asegurarse su apoyo? Bethmann Hollweg lo tenía claro y así lo confiaba a su gobierno: es imperativo que la responsabilidad de cualquier extensión del conflicto [...] debería caer, bajo toda circunstancia, solo en Rusia. Destinada también a mantener neutral a Gran Bretaña su meta principal era atraer el respaldo de la socialdemocracia. Cassels lo sintetiza así: Rusia le hizo el favor al movilizar primero y los socialistas alemanes reaccionaron patrióticamente como lo había planeado el canciller.⁵² El temor conservador a las reformas, el miedo de la “nación estamental” invadida por la “nación popular”, del ejército aristocrático desplazado por el popular estuvo en las razones más profundas de esos sectores aventajados que esperaban de una victoria militar la posibilidad de restaurar sus valores y jerarquías.

El 31 de julio las primeras noticias de la movilización general rusa eran confirmadas más tarde por el embajador alemán en San Petersburgo. Y el 1º de agosto, después del rechazo ruso al ultimátum, se ordenaba en Berlín la movilización total del ejército. El plan militar no permitía demoras aunque tal decisión involucrara la intervención británica y el riesgo de una guerra general.

Fueron las experiencias rusas de los años precedentes “la matriz de las decisiones adoptadas durante la crisis de julio”, sostiene David A. Rich.⁵³ El zar y sus catorce ministros resolvieron ese camino aunque no fue el resultado de una deliberación tomada en conjunto. Nicolás II prefería manejarse individualmente con cada ministro quien le informaba en forma personal y recibía instrucciones de la misma forma. El Consejo era otro adorno constitucional al que la monarquía rusa le costaba adaptarse. Igual, todos estuvieron de acuerdo, aunque los principales protagonistas fueron el propio zar y sus hombres de confianza: el ministro del exterior, S. D. Sazonov, el de guerra, general V. Sukhomlinov, el jefe del Estado Mayor general N. N. Ianushkevich y su subordinado, I. N. Danilov, jefe de la movilización rusa. Toda la capa superior pertenecía a la nobleza educada, compartía las humillaciones y frustraciones pasadas, el miedo a los desórdenes revolucionarios vividos en 1905 y conocía las limitaciones financieras y militares del impero.

Los reportes de Sazonov al Consejo de Ministros del 11 de julio anticipaban la posición y fundamentos de la intervención rusa. Para él era inadmisibles la aniquilación de Serbia ya que menoscabaría la autoridad rusa y aseguraba que si Rusia fracasa en cumplir su misión histórica sería considerada un estado decadente y por lo tanto tendrá que bajar uno o dos lugares entre los poderes.⁵⁴ Estas palabras y luego los hechos son un reflejo fiel de las preocupaciones de las elites rusas. Un temor indudable era que un retroceso ruso ocupado por un avance austrohúngaro en la región equivalía a un agravamiento de su vulnerabilidad. Pero al lado de la inquietud sobre el balance de poder también se deslizaban miedos y pretensiones conservadoras. En ellas afloraban las aspiraciones paneslavistas de una Rusia destinada a “proteger” a sus hermanos eslavos y el deseo de consolidar un régimen declinante. El imperio plurinacional vivía desde 1912 una continua turbulencia urbana y en el año previo al conflicto una oleada de huelgas se habían extendido a tal punto que “cada segundo un trabajador de fábrica en el imperio tomó parte en alguna forma de protesta laboral”.⁵⁵ En julio de 1914 estallaba en San Petersburgo una huelga general y la violencia de los campesinos amenazaba en forma latente en la hambrienta Rusia rural. ¿Era esta una razón para contenerse, como sostienen, entre otros, D. Stevenson y Ferguson? ¿Acaso no estaba claro para todos

que la posición de la dinastía y su régimen era muy peligrosa? ¿Entonces por qué una guerra? El ex ministro del interior Durnovo lo había advertido sin tapujos al zar en febrero de 1914: una revolución social en su forma más extrema es inevitable si la guerra va mal.⁵⁶ En su cargo había palpado de cerca las profundas tensiones internas del imperio. Pero ¿no era esa autoridad tambaleante la que podría afianzarse con una guerra victoriosa? Se puede visualizar una coincidencia estructural en la manera de pensar de los líderes dinásticos de las tres monarquías no democráticas de Europa. La guerra parecía ofrecerles una tabla de salvación a sus problemas domésticos. Y todos creyeron tener más que una chance para la victoria, incluso este gobierno que sabía de sus grandes deficiencias pero también confiaba en sus inmensos recursos en hombres, materias primas en las que era autosuficiente y en un aliado poderoso que le prometía apoyo.

El mismo día que los franceses abandonaban Rusia, luego de confirmar sus compromisos, Sazonov en la reunión del Consejo proponía la movilización parcial, dirigida contra la Doble Monarquía, que el zar recién aprobó el 26 de julio. La pre-movilización fue un acto clave en la intensificación de la crisis al iniciar la militarización del conflicto y bloquear una salida negociada.⁵⁷ El 27 de julio Rusia -al igual que Alemania- rechazaba la invitación británica de una Conferencia de grandes potencias para dirimir las diferencias. De nada sirvieron las advertencias alemanas pues los rusos (el ministro del exterior, el de guerra y el jefe del Estado Mayor) ya estaban persuadidos de que la guerra era inevitable y mejor estar listos, como instaba Sazonov, a desenvainar la espada para defender nuestros intereses vitales y esperar el ataque del enemigo con las armas en la mano [...].⁵⁸ Después de muchas tribulaciones y ante la fuerte presión de ese grupo finalmente Nicolás firmó la orden de movilización general el 30 para ser efectiva el 31 de julio. No era menor la urgencia de este círculo después de enterarse por Danilov que la movilización parcial dirigida solamente contra Austria Hungría era un despropósito pues los planes estratégicos no estaban pensados para movilizar contra uno de los enemigos sino contra las dos Centrales de manera integral. Aunque resulta inconcebible, ni el ministro de guerra ni el jefe del Estado Mayor conocían los detalles del plan de movilización pero esa falta de coordinación era

manifiesta en todos los departamentos de la administración.

¿Culpable de incitación? ¿Víctima inofensiva de los planes alemanes? Los autores tienden a caracterizar el rol de Francia como central en los orígenes del conflicto dado su temor, resentimiento y hostilidad hacia Alemania, los que engendraron su alianza con Rusia y su entente con Gran Bretaña.⁵⁹ Las discrepancias en los estudios aparecen cuando se trata de aquilatar su papel durante la crisis. En la llamada línea revisionista (trabajo como los de H. Barnes y otros de los años veinte) la culpa recaía en Rusia y Francia. Las últimas publicaciones examinadas tienden a exculparla, basándose entre otros aspectos, en que los dirigentes franceses en Rusia solamente discutieron una respuesta diplomática y en que Rusia al disponer la movilización no consultó a su aliada. Kiesling, lo mismo que Stevenson, fluctúa entre la posición de otorgarle responsabilidad en las causas más lejanas y en dispensarla en la crisis de julio al verse obligada a reaccionar a la iniciativa alemana.

Durante la crisis, la Cámara de Diputados que constitucionalmente debía aprobar la declaración de guerra estuvo en receso desde el 15 de julio hasta el 4 de agosto. Ninguna resolución se adoptó con el presidente y el primer ministro fuera del país. Una vez en Francia quien comandó las deliberaciones no fue el jefe del gobierno, René Viviani, sino el presidente Raymond Poincaré. El fundamento de su política exterior era el pacto francoruso y la preparación militar del país, aunque su preocupación básica, si el conflicto bélico se desataba, fue demostrar que Francia era arrastrada involuntariamente a una guerra no deseada para asegurarse la asistencia británica y el respaldo interno. Fue el arquitecto de la unión y su política le reportó el apoyo de la izquierda al esfuerzo de guerra. Junto a él los otros actores relevantes fueron el ministro de guerra A. Messiny, el embajador en Rusia M. Paléologue y el jefe del Estado Mayor, Joseph Joffre. No hay evidencias de alguna intervención de las otras elites importantes ni de presiones populares de carácter revanchista, de acuerdo a investigaciones recientes. Está claro, no obstante, que los sentimientos de los franceses en general, la misma retórica de los líderes y sus políticas concretas eran ostensiblemente anti-alemanas. En su respaldo “inequívoco” a San Petersburgo Paléologue no se habría

extralimitado. Ninguna autoridad francesa repudió las obligaciones contraídas ni nadie en el gobierno condenó la unilateral movilización general rusa. Es cierto, según los pocos datos con que se cuenta, que en la estadía en Rusia sus líderes no acordaron medidas militares conjuntas, seguramente porque esa coordinación ya había sido establecida.

Al igual que en las otras capitales europeas implicadas –con la excepción de Viena– también París sufrió retrocesos y dudas. La reacción del Reino Unido era incierta pues las conversaciones y acuerdos de los estados mayores en 1911 y 1912 no vinculaban a los gobiernos. Sin embargo, el 30 de julio, a la misma hora que Nicolás decretaba la movilización general el gabinete francés autorizaba al jefe del Estado Mayor y comandante en jefe del ejército, J. Joffre, a estacionar las fuerzas en la frontera con Alemania. En otro ejemplo de imprevisión y falta de racionalidad de los dirigentes y mandos europeos que iban a la guerra, Joffre se confiaba en el plan preconcebido descartando los informes de la inteligencia militar que le había suministrado datos precisos del ataque alemán por Bélgica. El plan XVII de 1913 que prescribía la ofensiva francesa por el este no era apropiado frente a una invasión alemana por el norte, aunque al retener muchas de estas fuerzas para repeler ese ataque francés quitó impulso a la ofensiva desde Bélgica. Luego de la declaración de guerra alemana a Rusia, de acuerdo a su compromiso, el mismo 1º de agosto París disponía la movilización de todas sus fuerzas.

La responsabilidad francesa en el estallido de la guerra la resumía ese militar en sus memorias con las palabras que siguen: [...] si se hubiera sentido de nuestra parte alguna menor firmeza, no hay duda que nuestros aliados hubiesen sido más cautelosos al comienzo de la guerra.⁶⁰

¿Pudo Gran Bretaña haber impedido la guerra? ¿Debió haberse mantenido neutral como sostenía la mayor parte del gabinete? ¿Por qué ingresó en el conflicto? ¿Fue culpable de la guerra general por no haber declarado explícitamente su posición?

Aparte de la interpretación marxista no hay discusión acerca de los

actores principales: el rol central lo tuvo el ministro del exterior E. Grey aunque fue el gabinete el que técnicamente tomó la decisión de ir a la guerra, previa conformidad de los partidos y sus líderes que desde la Cámara de los Comunes podrían haber hecho caer al gobierno si no hubiesen estado de acuerdo. Las divergencias emergen en la evaluación de las motivaciones. Desde el punto de vista de J. P. Harris, Grey creyó poder interceder para moderar a Viena hasta el 28 de julio cuando Alemania rechazó su oferta de mediación. No era una esperanza vana pues un año antes había tenido éxito en las guerras balcánicas. No obstante, el 26 de julio gente del Foreign Office y el 27, el mismo ministro del exterior, habían sido categóricos ante el embajador alemán en Londres, conde Lichnowsky, sobre el alineamiento del Reino Unido con Francia y Rusia, en caso de una guerra europea. El 29, Grey trató de convencer a los diecinueve miembros del gabinete de apoyar a Bélgica y Francia si eran atacadas por Alemania. Pero la mayoría estaba indecisa, un sector claramente abogaba por la neutralidad y solamente unos pocos secundaban al ministro. Ese día fue clave para mostrar la posición británica en la eventualidad de un conflicto que involucrara a Francia. Grey reiteró sin ambages al embajador alemán que su gobierno no podría permanecer fuera y rechazó la propuesta alemana, vía embajada, que ofrecía a cambio de la neutralidad británica la restauración de la soberanía belga luego de su paso y la no anexión de territorio de la Francia continental. Tan necia proposición era un inequívoco anticipo de los planes alemanes. El otro intento alemán fallido –Guillermo II a Jorge V- respondiendo a la sugerencia del ministro inglés en la que confirmaba sus prioridades francesas, prometía no atacar a Francia si ella permanecía neutral y esa neutralidad era garantizada militarmente por Gran Bretaña. Ese 1º de agosto Alemania declaraba la guerra a Rusia, incluso antes de tener alguna respuesta de Londres de ese último intento y al contrario, con concretas advertencias de la posición adoptada. Todavía reticente, el 2 de agosto el gabinete había consentido informar en los Comunes que la violación de Bélgica forzaría al gobierno a actuar. Pese al discurso de Grey del día 3 acerca de la amenaza de una hegemonía alemana en el continente si Francia era derrotada, ninguna resolución efectiva se adoptó. La preocupación británica aparte de su seguridad externa estaba

vinculada a sus dificultades internas. La política del Home Rule a Irlanda había generado una dura oposición unionista y su apoyo a los protestantes del Ulster amenazaba con desencadenar la guerra civil. Recién el día 4, luego de confirmada la invasión alemana a territorio belga el primer ministro Asquith (que desde el 29 de julio, junto a Churchill, ya estaba persuadido de la intervención) y Grey enviaron el ultimátum a Berlín, con la implícita aprobación del gabinete. En la madrugada del 5 de agosto y sin respuesta de Berlín, el gobierno británico declaraba la guerra a Alemania.⁶¹

El temor a la destrucción del balance de poder continental y el correlativo deterioro de sus intereses tras un triunfo alemán contra Francia empujó a los ingleses a intervenir.⁶² Aunque entre muchos de los miembros del gabinete contaron también consideraciones más mezquinas de retener sus puestos que peligraban si el gobierno renunciaba. En la decisión, los jefes militares no fueron consultados ni siquiera cuando el gabinete dispuso retener dos de las seis divisiones de la BEF (Fuerza Expedicionaria Británica) que debían ser enviadas a Francia según los planes militares. Tampoco el rey tuvo injerencia en la decisión, aunque hasta el día 4 había patrocinado una postura neutralista al igual que la mayoría de los ministros y la población en general. Los hombres de negocios pero sobre todo los sectores financieros trataron en vano de impedir la intervención pues vieron con horror los efectos nocivos de una guerra general.

¿Hubiese sido mejor para el Reino Unido haber permanecido neutral, como sostiene en su provocativo libro N. Ferguson? Si Alemania fue culpable de desatar las hostilidades, Ferguson opina que está excusada por el cerco que le tendieron los ingleses pactando con las potencias más temibles (Francia y Rusia); porque ellos no quisieron arreglar el conflicto naval negociando la supremacía que ya tenían; porque no formalizaron una verdadera alianza que hubiese refrenado a los alemanes y porque malinterpretaron las intenciones alemanas de designio mundial. La incertidumbre sobre la actitud que adoptaría Londres hizo a la guerra general más probable. En la base de todas estas iniciativas británicas, continúa Ferguson, estaba la germanofobia de Grey quien, desde 1902, ya era un convencido de que su país debía aliarse con otros poderes en contra del Reich. Y fue el sistema político y fiscal alemán –con un sistema federal y

un parlamento democrático— el que bloqueó al gobierno el incremento de sus gastos de defensa que la hubieran mantenido segura y sin razones para lanzar una guerra preventiva. Las respuestas a estos argumentos han sido abordadas en los apartados precedentes. La conclusión final de su obra es igual de desafiante y tan débil empíricamente como el planteo general ya examinado, a pesar de que es el trabajo que más datos y mejor desarrolla la temática económica. Afirma que Alemania nunca hubiera desplegado objetivos de guerra tan excesivos sin la intervención británica ya que sin ella hubiese alcanzado una rápida victoria. Y una Alemania victoriosa en el continente podría haber creado una versión de la Unión Europea ocho décadas antes. Su interpretación no es más que pura especulación, que además, contradice las pruebas. En septiembre, al mes siguiente de comenzar los combates, el gobierno alemán había planificado sus objetivos de guerra. No fue Gran Bretaña la provocadora ni la responsable de la guerra general. Reaccionó a las iniciativas alemanas que amenazaban la seguridad de las Islas y sus propios intereses, pero no antes de intentar moderarlas o de llegar a un arreglo negociado.

Las causas de larga duración no decidieron la guerra pero sin ellas es inexplicable. Los líderes actuaron bajo el apremio de esa espesa red de ideas, pasiones y realidades de las que dependieron sus decisiones. No lo hicieron en un vacío sino condicionados por un pasado de tensiones, con una carga ideológica y una estructura institucional peculiar, con presiones y pretensiones diferentes. Pero hubo dirigentes de ciertos países que tomaron la iniciativa de hacer una guerra aún a riesgo de que fuera general. Alemania y Austria Hungría creyeron que había que actuar con rapidez pues el tiempo jugaba contra ellos. Pero Rusia antes que nadie militarizó la crisis y si existía la mínima posibilidad de una salida negociada esta se evaporó después de su movilización. Los serbios, sin ser una potencia líder, con su resistencia al ultimátum pero sobre todo con el llamamiento a su protector ruso, fueron responsables de impulsar un conflicto general. Los franceses amenazados directamente por el poderío y los planes militares de su enemigo alemán, pese a no haber tomado la iniciativa, comprometieron su apoyo indiscutible a su socio militar.

La Primera Guerra Mundial fue así el fruto de antiguos temores y nuevas inseguridades, cálculos errados, medidas irreflexivas y apresuradas que condujeron, en particular a quienes la incentivaron, a la catástrofe y la descomposición, al destino que pretendieron eludir con la elección bélica.

Notas bibliográficas

¹ Para este tema ver principalmente: FERGUSON, N., 1999, *The pity of War*. N. York, Basic Books, págs. XXXIII y sgte. y STEVENSON, D., 2004, *Cataclysm. The First World War as Political Tragedy*. New York, Basic Books, pág 479.

² FEDER, B., 1968, *What were the causes of World War I?*. New York, American Book Company; McDONOUGH, F., 1998, *The origins of the First and Second World Wars*. Cambridge University Press; STEVENSON, D. ob. cit.

³ McDONOUGH, F., ob. cit.

⁴ Ibid.

⁵ KENNEDY, P., 1995, *Auge y Caída de las Grandes Potencias*. Barcelona, Plaza y Janés.

⁶ CASSELS, A., 1996, *Ideology and International Relations in the Modern World*. London and N. York.

⁷ ZORGBIBE, CH., 1997, *Historia de las relaciones internacionales. De la Europa de Bismarck hasta el final de la Segunda Guerra Mundial*. Madrid, Alianza.

⁸ GELLER, D. y SINGER, J. D., 1998, *Nations at War. A Scientific Study of International Conflict*. Cambridge University Press.

⁹ STEVENSON, D., ob. cit.

¹⁰ HAMILTON, R. y HERWIG, H., (edits.), 2003, *The Origins of World War I*. Cambridge University Press. (HALL, R. C., cap. 3: *Serbia*; TUNSTALL, G. A., cap. 4: *Austria Hungría*; Herwig, H. H., cap. 5: *Alemania*; RICH, D. A., cap. 6: *Rusia*, KIESLING, E., cap. 7: *Francia* y HARRIS, J. P., cap. 8: *Gran Bretaña*).

¹¹ NEILSON, K., 1995, *Britain and the Last Tsar: British Policy and Russia, 1894-1917*. Oxford, University Press.

¹² McDONOUGH, F., ob. cit., pág. 33.

¹³ WALSH, B., 1996, *Modern World History (1914- 1990)*. London, J. Murray, pág. 10.

¹⁴ HERRMANN, D., G., 1996, *The Arming of Europe and the Making of the First World War*. Princeton, University Press.

¹⁵ FERGUSON, N., ob.cit., págs. 105-111 y 92-95. D. STEVENSON difiere en algunos porcentuales.

¹⁶ TUNSTALL, G. A, en HAMILTON, R. y HERWIG, H., (edits.), ob. cit., pág. 126.

¹⁷ GELLER, D. Y SINGER, J. D., ob. cit., pág. 168. También FERGUSON, N., ob. cit., págs. 92-95.

¹⁸ HAMILTON, R. y HERWIG, H., (edits.), ob. cit., pág. 31.

- ¹⁹ BUCHRUCKER, C., en ARÓSTEGUI, J. BUCHRUCKER, C. y SABORIDO, J., (dirs.), 2001, *El mundo contemporáneo: Historia y Problemas*. Buenos Aires-Barcelona, Biblos-Crítica, pág. 216. También GELLER, D. Y SINGER, J. D., ob. cit., pág. 168.
- ²⁰ STEVENSON, D., ob. cit., pág. 18.
- ²¹ ver LeDONNE, J. P., 1997, *The Russian Empire and the World, 1700-1917: The Geopolitics of Expansion and Containment*. New York, Oxford University Press. También ARON, R., 1987, *Pensar la guerra. Clausewitz. II. La era planetaria*. Buenos Aires, Inst. Publicaciones Navales.
- ²² McDONOUGH, F., ob. cit., págs. 36-37.
- ²³ HOBSBAWM, E. J., 1998, *La era del imperio (1875-1914)*. Barcelona, Crítica.
- ²⁴ HALPERIN, S., 2004, *War and Social Change in Modern Europe. The great transformation revisited*. Cambridge, University Press, págs. 145-150.
- ²⁵ HAMILTON, R. y HERWIG, H., (edits.), ob. cit., págs. 26-30.
- ²⁶ HARRIS, J. P., en *Ibíd.*, pág. 291.
- ²⁷ HERWIG, H., en HAMILTON, R. y HERWIG, H., (edits.), ob. cit., págs. 170-172 y HAMILTON, R. y HERWIG, H., págs. 483-499.
- ²⁸ GELLER, D. y SINGER, J. D., ob. cit., págs. 179-180 y HALPERIN, S., ob. cit., págs. 131-134. Una posición más crítica de la teoría de la paz democrática es condensada por FENDIUS, M., 1997, *International History and the Democratic Peace*, en *International History Review*. Canadá, S. Frasier University, v. XIX, n° 4, págs. 866-885.
- ²⁹ Ver GELLER, D. y SINGER, J. D., ob. cit., págs. 181-182; LIEVEN, D., 1999, *Dilemas of Empire 1850-1918. Power, Territory, Identity*. En: **Journal of Contemporary History**. London, SAGE, vol. 34, n° 2, págs., págs.180-190; HERWIG, H. (págs. 150-160) y RICH, D. A. (págs. 192-197), en HAMILTON, R. y HERWIG, H., (edits.), ob. cit.; WALDRON, P., 1998, *Between Two Revolutions: Stolypin and the Politics of Renewal in Russia*. DeKalb, Northern Illinois University Press.
- ³⁰ KUHN, W., 1996, *Democratic Royalism: The Transformation of the British Monarchy, 1861-1914*). New York, St. Martin Press y HALPERIN, S., ob.cit.; GELLER, D. y SINGER, J. D., ob. cit., págs. 180-181; HARRIS, J. P., en HAMILTON, R. y HERWIG, H., (edits.), ob. cit., págs. 274-275; KIESLING, E., en HAMILTON, R. y HERWIG, H., (edits.), ob. cit., págs. 230-231.
- ³¹ McDONOUGH, F., ob. cit., pág. 35.
- ³² *Ibíd.*, págs. 35-36.
- ³³ HALL, R., en HAMILTON, R. y HERWIG, H., (edits.), ob. cit., págs. 92-111.
- ³⁴ DAWBARN de ACOSTA, S., 2002, *Los antagonismos ideológicos en la Gran Guerra*. En: *Revista de Historia Universal*. Mendoza, UNC, n° 12, págs. 85-101.
- ³⁵ STEVENSON, D., ob. cit., pág. 239.
- ³⁶ DAWBARN de ACOSTA, S., ob.cit.
- ³⁷ BUCHRUCKER, C., DAWBARN, S. y FERRARIS, C., 2004, *El análisis*

comparativo en el marco de una historia sistémica, en Castel, V. y otros (comps.), *Investigaciones en Ciencias Humanas y Sociales: del ABC disciplinar a la reflexión metodológica*. Mendoza, Ed. FF y L de UNC.

³⁸ WEART, S. R., 1998, *Never at War. Why Democracies will not fight one another?* New Haven-London, Yale University Press, pág. 192.

³⁹ FERGUSON, N., ob. cit., págs. 1-20.

⁴⁰ HAMILTON, R. y HERWIG, H., (edits.), ob. cit., págs. 30- 31.

⁴¹ STEVENSON, D., ob. cit., págs. 17-18.

⁴² STARGARDT, N., 1994, *The German Idea of Militarism: Radical and Socialist Critics, 1866-1914*. Cambridge, University Press.

⁴³ CASSELS, A., ob. cit., pág. 125 y H. HERWIG en HAMILTON, R. y HERWIG, H., (edits.), ob. cit., pág. 172.

⁴⁴ FERGUSON, N., ob. cit. y ROHRKRAEMER, T. en BOEMECKE, M., F., CHICKERING, R. y FÖRSTER, S. (eds.), 1999, *Anticipating Total War: The German and American Experiences, 1871-1914*. Washington DC, Cambridge, University Press.

⁴⁵ HERWIG, H. en HAMILTON, R. y HERWIG, H., (edits.), ob. cit., págs. 161-165.

⁴⁶ GELLER, D. y SINGER, J. D., ob. cit., págs. 159-161

⁴⁷ HALL, R., en HAMILTON, R. y HERWIG, H., (edits.), págs. 92-111.

⁴⁸ TUNSTALL, G. A., en *ibíd.*, pág. 138.

⁴⁹ HERWIG, H., en *ibíd.*, págs. 150-187 .

⁵⁰ FERGUSON, N., ob. cit., págs. 89-91. También HERRMANN, D., G., ob. cit.

⁵¹ BUCHRUCKER, C. y colaboradores, 2001, *El miedo y la esperanza. De la autodeterminación nacional al imperio genocida: 1914-1945*. T. II. Mendoza, EDIUNC., págs. 20-21.

⁵² CASSELS, A., ob. cit., págs. 124-125.

⁵³ RICH, D., en HAMILTON, R. y HERWIG, H., (edits.), ob. cit., págs. 188-226.

⁵⁴ *Ibíd.*, pág. 215.

⁵⁵ LINCOLN, B. W., 1986, *Passage through Armageddon. The Russians in War and Revolution, 1914-1918*. New York, Simon and Schuster, pág. 21.

⁵⁶ FERGUSON, N., ob. cit., pág. 28.

⁵⁷ MAURER, J. H., 1995, *The Outbreak of the First World War: Strategic Planning, Crisis Decision Making, and Deterrence Failure*. Westport, Praeger y NEILSON, K. en WILSON, K., (ed.), ob. cit.

⁵⁸ LINCOLN, B. W., ob. cit., pág. 37.

⁵⁹ GELLER, D. y SINGER, J. D., ob. cit.; KEIGER, J.F.V., 1997, *Raymond Poincaré*. Cambridge, University Press; KIESLING, E., en HAMILTON, R. y HERWIG, H., (edits.), ob. cit.; STEVENSON, D., ob. cit. y ZORGBIBE, CH., ob. cit.

⁶⁰ KIESLING, E., en HAMILTON, R. y HERWIG, H., (edits.), ob. cit., pág. 242.

⁶¹ HARRIS, J. P. en *ibíd.*, pág. 266-299.

⁶² *Ibíd.*; WILSON, K., (ed.), *ob. cit.*